


THE TRUSTEES OF THE
PUBLIC LIBRARY
LUX
OMNIUM
CIVIUM
OF THE CITY OF
BOSTON
1852 1878

ACADEMIA NACIONAL DE ARTES Y LETRAS

Ignacio Cervantes Kawanag,

pianista y compositor eminente

Su vida, su obra, su talento creador

Discurso leído por el Dr. Eduardo Sánchez de Fuentes, Presidente de la Academia Nacional de Artes y Letras, en la sesión inaugural del curso de 1936 a 1937, de la misma Corporación, celebrada el día 19 de Octubre de 1936.



LA HABANA
IMP. MOLINA Y CIA.
MURALLA 55 - 57
1936

IGNACIO CERVANTES KAWANAG,

PIANISTA Y COMPOSITOR EMINENTE

SU VIDA, SU OBRA, SU TALENTO CREADOR

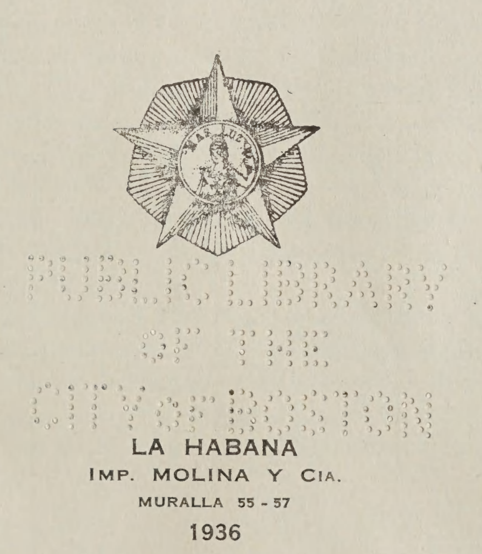
ACADEMIA NACIONAL DE ARTES Y LETRAS

Ignacio Cervantes Kawanag,

pianista y compositor eminente

Su vida, su obra, su talento creador

Discurso leído por el Dr. Eduardo Sánchez de Fuentes, Presidente de la Academia Nacional de Artes y Letras, en la sesión inaugural del curso de 1936 a 1937, de la misma Corporación, celebrada el día 19 de Octubre de 1936.



LA HABANA
IMP. MOLINA Y CIA.
MURALLA 55 - 57
1936

IGNACIO CERVANTES KAWANAG,

PIANISTA Y COMPOSITOR EMINENTE

SU VIDA, SU OBRA, SU TALENTO CREADOR

Discurso leído por el Dr. Eduardo Sánchez de Fuentes, Presidente de la Academia Nacional de Artes y Letras, en la sesión inaugural del curso de 1936 a 1937, de la misma Corporación, celebrada el día 19 de Octubre de 1936.

Señores Académicos:
Señoras y Señores:



Hemos elegido como tema de este discurso inaugural —labor que nos está encomendada por el Reglamento—la sugestiva personalidad del maestro Ignacio Cervantes, de quien me cupo el honor de ser discípulo, de acuerdo con nuestro propósito de exaltar su valiosa personalidad en el primer acto solemne de esta Corporación, después de ocupar el que os habla su Presidencia.

A fines del siglo XVIII se inició en nuestra Isla un interesante movimiento en favor de la música. Los inmigrantes franceses, al huir de la revolución de Haití, arribaron a la ciudad de Santiago de Cuba, determinándose con ello esa favorable iniciativa. En el primer teatro que allí fundaron se rindió culto a este arte y llegaron a cantarse algunas óperas de las que estaban en boga por entonces.

Es indudable que el verdadero desenvolvimiento musical de nuestro país comienza en el mil ochocientos. Los notables artistas que vinieron de Europa y las compañías líricas procedentes de España, Italia y Francia, así como la labor de valiosos músicos nativos, dieron lugar a esta evolución, sin que esto quie-

ra decir que con anterioridad a esas fechas no existieran en la Isla pequeños núcleos musicales disgregados dentro de su territorio, donde también se cultivaba con mayor regularidad la música religiosa.

En nuestros salones aristocráticos de aquel tiempo en que fueron gala de la sociedad cubana las familias Aldama, Peñalver, Herrera, Montalvo, Iznaga, Terry y otras, el arte de los sonidos ocupó preferente lugar. La sociedad ''Santa Cecilia'', fundada en Camagüey y en Santiago de Cuba, casi simultáneamente; la construcción del ''Teatro de Tacón'', inaugurado en el año 1,838, en la Habana; el de ''La Reina'', en Santiago, y otros sucesos análogos, intensificaron la predilección por la música, y magníficas compañías operáticas y concertistas notables actuaron frecuentemente en esos coliseos y en muchas asociaciones y centros artísticos destacados, logrando siempre las naturales recompensas.

Por aquellos días surgieron artistas tan valiosos como Claudio Brindis de Salas (padre e hijo), Nicolás Ruiz Espadero, José White, Rafael Díaz Albertini, Gaspar Villate, José Manuel Jiménez, Cristóbal Martínez, Laureano Fuentes Matons, Ramón Solís, Rafael Salcedo y otros cuya mención sería prolija. Entre ellos, y ya por el año 1,870, surge, como figura principal, el genial pianista Ignacio Cervantes Kawanag, mi inolvidable maestro, nacido el treinta y uno de Julio de 1847.

Antes de estudiar su brillante personalidad, quiero referirme al famosa artista cubano Nicolás Ruiz Espadero, que dirigió a Cervantes en las difíciles disciplinas musicales, adivinando en éste sus excepcionales condiciones, que le valieron luego, a lo largo de su vida, una serie ilimitada de triunfos, tanto en Cuba como en el extranjero.

Espadero, hijo de un distinguido literato y de una notable pianista, nació en la Habana el 15 de Febrero de 1,832 y murió en esta ciudad el 30 de Agosto de 1,890. Puede decirse que vivió, por lo regular, fuera del ambiente social, dedicado por completo al cultivo de su arte, para el que mostró predilección desde la edad de cuatro años. Discípulo de su propia madre Dolores Espadero, de José Miró y de Fernando Arizti, su persona-

lidad alcanzó bien pronto merecido renombre y disfrutó de la íntima amistad de músicos tan afamados entonces, como Strakosch, Fontana y Gottschalk, que hubo de encargarle, por disposición testamentaria, la publicación de sus manuscritos.

Espadero, como sabéis, escribió distintas obras para piano, entre las cuales podemos citar "Canta del alma", "La queja del poeta", "La caída de las hojas", "Cantinela", "Ossián", "Sobre la tumba de Gottschalk", "Canto del esclavo", "Gran Vals Satánico", Tarantela Furiosa", "Sonata" y "Ave María". Compuso también una "Elegía" para violín y piano, un "Scherzo" para quinteto instrumental y otras obras de innecesaria enumeración.

Espadero, que fué uno de los que hicieron triunfar la "Sociedad de Música Clásica" fundada en la Habana en 1866—ya en 1845 existía el "Liceo Artístico y Literario, al que pertenecieron renombrados músicos, como Bousquet, Ramírez, Vander Gucht, Santacana, Cuervo, López y otros—fué un gran pianista y un profesor de primer orden. Como compositor demostró envidiables cualidades. Gottschalk lo llamó "talento verdaderamente sobrenatural". Agriado por los años, caprichoso y misántropo, finalizó su existencia de manera trágica, pues murió abrasado por las llamas, en imprevisto accidente.

Cuando Ignacio Cervantes triunfó en París, las felicitaciones de aquel centro de cultura indiscutible llegaron a su maestro Espadero, cuyo nombre era sinónimo de sabiduría. Este concienzudo artista no fué nunca a Europa, pero hizo grandes a los que de ella tornaron llenos de diplomas.

En un ambiente propicio a las artes y especialmente a la música, pues el progenitor de Cervantes era devoto de los clásicos, empezando por Beethoven, discurrieron los primeros años del que más tarde sería insigne artista. Su padre don Pedro Cervantes, que fué Alcalde Corregidor en San Antonio de los Baños y Secretario de la Universidad de la Habana, fué su primer maestro de piano, y con él cursó los 50 estudios de Cramer. En la primera visita que hizo a nuestra Isla Gottschalk, en 1854, oyó tocar el piano a Ignacio Cervantes, que sólo contaba entonces siete años de edad, y como advirtiera en él notables apti-

tudes, estimuló a sus padres para que lo dedicaran al estudio de la música. El consejo fué escuchado. En 1859 comenzó sus estudios con el propio Gottschalk, de quien fué alumno dos años. A los cinco, nuestro excelso pianista tocaba el "Tres". instrumento autóctono que desde tiempo inmemorial se ha cultivado en Cuba, y cuando sólo contaba dos lustros, compuso su primera contradanza, que hubo de dedicar a su amorosa madre la señora Soledad Kawanag, y que tituló "La Solitaria". Como un ejemplo que de fijo despertará la curiosidad de nuestros oyentes, vamos a hacer oír dicha contradanza. El maestro Gonzalo Roig, uno de los más fieles intérpretes del llorado maestro, va a tocarla al piano.

EJEMPLO

Contradanza "La Solitaria"

Cervantes, que, como habéis oído, tuvo la dicha de disfrutar de hondos afectos familiares, de la mano de su buen padre fuése un día a Francia, tras cinco años de serios estudios realizados bajo la dirección del autor del "Canto del esclavo", y en el año 1,866, ya como alumno del Conservatorio de Música de París, obtuvo un primer premio extraordinario de piano, con el Quinto Concierto, de Herz, lauro más importante que el premio anual de piano otorgado por dicha institución, dirigido por los grandes maestros Marmontel y Alkan; justa recompensa a la incesante labor del joven artista y merecido triunfo para aquel bondadoso patricio que vió realizado con el éxito de su hijo el más grande anhelo de su vida. El joven estudiante sumó nuevos lauros a los ya conquistados. En 1,867 obtuvo el primer premio de armonía y en 1,868 el de *Fuga y Contrapunto.* Cifradas sus esperanzas posteriormente en lograr el premio de Roma, su condición de extranjero hubo de impedírselo, sin que por ello su entusiasmo y amor al estudio decrecieran. Ya en el 1,867 Cervantes dió en París tres conciertos: dos en la Sala Erard y uno en la Sala Herz.

Dedicado, con exclusión de todas las tentaciones y atractivos de la vida parisina, al cultivo del piano en su más alta acep-

ción, su amistad con Rossini le permitió asistir a sus sesiones de Música de Cámara, en calidad nada menos que de pianista acompañante, honor que únicamente dispensaba el autor del "Barbero" a los grandes artistas de aquellos días. Recordamos haber visto un retrato suyo con la siguiente dedicatoria: "A mon cher collegue Ignacio Cervantes. Gioachino Rossini".

Gounod también dispensó un buen afecto a nuestro gran músico. Cuando Cervantes dirigió en Saint Cloud una de las solemnes misas del autor del "Fausto", fué calurosamente felicitado por éste, quedando sellada entre ambos una cordial amistad.

Y así, de triunfo en triunfo, fuése robusteciendo la personalidad del gran pianista cubano hasta que el 6 de Enero de 1,870, según algunos biógrafos, o en el año 1,869, según Serafín Ramírez, en "La Habana Artística", regresó a su patria. Al volver a su Habana tan añorada, no fueron por completo las lides de la inteligencia, ni el acicate del ambiente, las corrientes que impulsaron su inquieto espíritu, sino la vida regalada, en un principio, y luego, perdido el patrimonio, las rudas tareas de la enseñanza, que tanto dañan al artista creador; senda ésta que obligatoriamente recorrió el maestro a despecho de sus geniales facultades.

En 1,868 la Habana sufrió un colapso, según el propio Ramírez, en su *status* musical, esta decadencia tuvo que confrontarla el joven maestro, a su regreso a la patria.

Desde 1,870 hasta 1,875, la vida del notable músico cubano, fué pródiga en actividades artísticas, pues su brillante personalidad llegó a encarnar el arte pianístico en Cuba.

Su talento fué admirado en todos los cenáculos de arte de aquellos días, y en las sociedades artísticas, en las salas aristocráticas, en los hogares de los ricos y de los pobres, Cervantes ofició, con el entusiasmo y el desinterés que lo caracterizaron, como supremo sacerdote del piano. Tocó con cuantos artistas vinieron a esta capital y solicitaron su concurso, arrancando iguales aplausos con "La Favorita", de Gottschalk, que con la "Sonata Patética" o la "Apassionata", de Beethoven; con el "Quinteto", de Schumann, y el gran "Scherzo", de Chopin,

que con los "Tríos", de Mendelssohn; con las "Rapsodias", de Listz, que con la "Saltarella", de Alkan, pues su técnica formidable, su gran sentido interpretativo y su fino temperamento le permitieron triunfar en todas las escuelas, y lo clásico y lo romántico y lo exótico y lo vernáculo no fueron para él más que modalidades de un arte del que era dueño y señor.

A partir de esta época, según sus biógrafos, sus actividades tuvieron un receso. Acusado, conjuntamente con el gran violinista José White, de determinadas actividades revolucionarias, fueron ambos deportados al extranjero. Estos dos grandes del arte, dieron en esta ocasión, una serie de magníficos conciertos en los Estados Unidos. Esto ocurría en el año 1,876.

El 26 de Junio de 1891 dieron su primer concierto en el Teatro Nacional de México, el violinista Rafael Díaz Albertini e Ignacio Cervantes, con la orquesta del Conservatorio, dirigida por el maestro José Rivas. Albertini interpretó el Concierto en "mi menor", de Mendelssohn. Cervantes tocó la "Cascade du Chaudron", de Bendel, el "Scherzo en Si Menor", de Chopin; el "Rondó Caprichoso", de Mendelssohn, la "Mazurka" en si menor, de Chopin, el vals "Alemania", de Rubinstein y el de "Fausto", de Liszt y las "Danzas Cubanas" del propio Cervantes.

También con dicho gran violinista cubano, realizó en 1894 nuestro maestro memorables *tournées* por la Isla y por el extranjero, siempre de la mano del dios éxito, de quien fué hijo predilecto.

En el año 1898, durante el bloqueo que mantuvo sobre Cuba la Escuadra Americana, con motivo de la guerra hispanoamericana, Cervantes emigró a México y en este país alcanzó de nuevo, los mayores triunfos como concertista de piano. Su nombre es venerado en la tierra azteca, donde goza la fama de los artistas más gloriosos.

Apreciando sus cualidades de irreprochable pianista, puede decirse que su técnica era perfecta. Todos sus biógrafos concuerdan en elogiar la limpidez de su ejecución, ya interpretase pasajes de fuerza o delicadezas de estilo. Como características de su arte pianístico, pueden citarse también la elegancia y

corrección, así como el bello sonido que obtenía del piano. Cervantes perteneció, sin dudas de ningún género, al grupo de los más grandes interpretativos. Desenvuelta su personalidad en la era romántica, mostró siempre su predilección por sus más altos represetantes. Los que recordamos su excepcional personalidad, podemos afirmar que fué un maravilloso intérprete de Chopin, Mendelsshon, Liszt, Schumann, Schubert, Gottschalk, sin que Bach y Beethoven dejaran de encontrar en su clara mente y en sus maravillosas manos una fiel y tradicional interpretación.

La vuelta de Cervantes a Cuba indudablemente cortó sus vuelos artísticos. Su labor como virtuoso del piano, ídolo de los habaneros, y su numen de compositor, encontraron siempre el obstáculo del medio, de nuestro medio ambiente artístico generalmente lleno de incomprensiones. En la gimnasia intelectual en que se desenvuelven los artistas europeos, que encuentran estímulo en el público que los juzga; en ese laborar sin reposo en que se disputan palmo a palmo la celebridad; en esos centros de cultura que se llaman París, Berlín, Roma, Madrid, Cervantes hubiera triunfado ampliamente, compitiendo con los más altos valores musicales, dadas las singulares condiciones que en su arte reunía, y no se hubiera marchitado su genio en nuestro pequeño ambiente, como se agostaron los talentos de su maestro Espadero, reñido hasta consigo mismo en los últimos días de su vida.

En la "Revista Cubana", en 1,885, se publicó un elogio a Cervantes con motivo de los Conciertos de Música de Cámara que se celebraron en aquellos días en casa del Dr. Andrés Weber, en esta capital. Según esta reseña, fué nuestro artista quien en esas reuniones llevó el entusiasmo del auditorio al verdadero delirio, ejecutando el gran "Trío en re menor", de Mendelssohn, y una Sonata de piano y violín, de Grieg, obra de prueba, interpretada con una pureza de estilo indecible, con una perfección de mecanismo sorprendente y con la energía y vitalidad de un gran artista.

Emperador de la música cubana, de nuestros originales ritmos, que representan, como dice Manuel de Falla, "algo verdaderamente admirable y en cierto modo único en la música uni-

versal'', Cervantes no tuvo rival en su interpretación. Sus conocimientos, la ductilidad de su temperamento, su sano cubanismo y su claro ingenio, le permitieron ser algo más que el intérprete excepcional de nuestra música representativa, ya que sus ''Danzas'', conocidas en el mundo entero, lo han inmortalizado.

En el Liceo de Guanabacoa, el Círculo Habanero y ''La Caridad'', del Cerro, como antes en el Liceo Artístico y Literario, en la Sociedad de Música Clásica y en todas las instituciones de arte, así como en los teatros, Cervantes tocó infinidad de veces en conciertos benéficos, siempre pronto a practicar el bien y a socorrer al necesitado. Su corazón de artista y sus dotes personales, podemos asegurar que ganaron tantas batallas, en este sentido, como sus maravillosas manos.

La personalidad del maestro es igualmente digna de estudio en el aspecto del compositor. Como habéis oído, desde la niñez despertaron en él estas aptitudes. A lo largo de su agitada vida, cultivó con innegable acierto todos los géneros. Sus Estudios, Mazurkas y Valses; su conocida ''Serenata Cubana''; su gran Polka de Concierto; su Popurrí sobre Aires Nacionales y sus Danzas son suficientes para reiterar su alto valimiento como artista creador de verdadera talla. Versado en el contrapunto, conocedor de todos los secretos de la armonía y con una cultura musical honda, el triunfo de Cervantes como compositor no se hizo esperar, y desde joven su inspiración y buen gusto le abrieron esa nueva senda por la que discurrió dentro de las más plausibles orientaciones. Entre sus valses, diremos que el titulado ''Hectograph'', encierra bellos temas y una magnífica orquestación, siendo de cuantos escribió, el que presenta un mayor desarrollo.

Al visitar nuestro gran músico a uno de sus amigos que acababa de recibir de los Estados Unidos una máquina de copiar, conocida con el nombre de Hectógrafo, hizo éste que Cervantes anotase unos compases musicales, para demostrarle la bondad de la máquina. Complacíolo el artista, improvisando una frase

en tiempo de vals, fragmento que luego desenvolvió en cuatro etapas, o *tandas,* como se decía entonces, escribiendo esta obra tan conocida por los amantes de la música del ochocientos, pues figuró en el repertorio de las orquestas de entonces.

Entre sus más valiosas composiciones, hemos elegido la plegaria de su ópera inédita, en tres actos, ''Maledetto'', hermosa página musical que vamos a escuchar cantada por la señorita Clotilde Ortiz, acompañada al piano por la Orquesta Sinfónica.

EJEMPLO

Romanza de ''Maledetto''

Cervantes compuso también para el teatro, dos bellas partituras: Una, titulada ''Los Saltimbanquis'', libreto de Carlos Ciaño, talentoso periodista y poeta festivo ya desaparecido; la otra, ''El Submarino Peral'', cuyo hermoso preludio aun lo escuchamos con gusto, interpretado por nuestras actuales orquestas.

Pasando por alto la diversidad de obras que el maestro dejó escritas para el piano, vamos a referirnos a sus obras sinfónicas.

Su ''Sinfonía en do menor'', que con algunas modificaciones oímos, dirigida por el Maestro Bovi, en el gran Teatro de Tacón, en un concierto organizado durante la temporada de ópera de 1,901, regida por el popular empresario ya desaparecido Napoleón Sieni, y la cual Sinfonía figura hoy en el repertorio de nuestras Orquestas Sinfónicas, no cabe duda de que es obra de indiscutibles aciertos, ponderada, sincera y de una estructura laboriosa, de acuerdo con los cánones de aquella época en la que todavía las orquestas no habían alcanzado el mayor límite de su poder expresivo.

En ese acto a que nos referíamos, anteriormente, el maestro Cervantes alcanzó una ovación con el ''Concierto en la menor'', de Grieg, acompañado por la orquesta de la ópera y dirigido por el repetido maestro Bovi, radicado entre nosotros desde aquellas fechas y merecedor, por todos conceptos, del afecto que le profesamos los cubanos.

El desarrollo de los temas y la motivación estructural de los mismos es obra de pensamiento elevado y de rica fantasía, presentando una magnífica instrumentación.

A nuestro entender, su ''Scherzo en si bemol'', obra de estilo mendelsoniano, merece el más favorable juicio de la crítica. Cervantes demuestra en ella el pleno conocimiento que tenía de la orquesta. La más plausible delicadeza de estilo y la forma más aristocrática adornan esta partitura, suficiente para dar renombre a un compositor. De todas sus obras de este género, el ''Scherzo'' es, sin duda, la más valiosa.

Para que nos demos cuenta de estas observaciones, que dejo apuntadas en pro de tan bella producción, la Orquesta Sinfónica, bajo la dirección del maestro Gonzalo Roig, que no necesita adjetivos encomiásticos, y a quien quiero llamar en esta oportunidad glorioso defensor de nuestra música pura, va a interpretar dicho ''Scherzo'' de la manera brillante que sabe hacerlo. Oigámoslo.

EJEMPLO

''Scherzo en si bemol'', de Cervantes

He dejado para el final de este trabajo el hablaros acerca de las inmortales ''Danzas para piano'' de nuestro gran artista desaparecido.

La danza que sustituyó a la contradanza y que de antiguo predominó entre nosotros, tuvo, como sabéis, muchos cultivadores en toda la Isla. Aunque este género es muy antiguo, gran número de ellas aparecen publicadas del 1,870 al 1,880.

Guerrero, Buelta Flores, Laureano Fuentes Matons, Fuentes Pérez, Tomás Ruiz y Manuel Saumell, entre otros, escribieron con prodigalidad obras de este género. Las de este último compositor, pudiera decirse que son las que precedieron en popularidad a las de Cervantes. En toda esa colección de que hablamos, esa música nuestra, representativa por su peculiar ritmo, revela en todos los autores, abundante material autóctono, y en algunas de tales producciones, la gracia y la elegancia son sus adornos. Ahora bien: hay que hacer formal

declaración, libre de apasionamientos y sin temor a exageraciones, de que las mejores danzas escritas en Cuba, hasta la fecha, son las de Ignacio Cervantes. Todavía no ha surgido un músico tan completo que las haya superado. Por su forma, originalidad, distinción y lujoso ropaje armónico, son ellas, como hemos afirmado siempre, verdaderas joyas, cuyos destellos jamás se apagarán. En las muy valiosas escritas por los actuales compositores, que por lo general afectan una forma distinta a las del autor de "El Velorio", se admira la belleza melódica, el carácter folklórico, los aciertos del ritmo, pero armónicamente no pueden parangonarse con las de Cervantes, que lo encierran todo, frescura, intención, gracia, factura pianística especial, rica melodía y una armonización inigualable. Para poder escribir género tan sobado y de límites tan estrechos, con la perfección que Cervantes pudo hacerlo, requiérense cualidades excepcionales en el compositor.

Manuel Márquez Sterling, el ilustre prosista cubano ya desaparecido, que perteneció, honrándola, a esta Corporación, dice de las "Danzas cubanas" de Cervantes, lo siguiente, en un sentido elogio que hubo de dedicarle al ocurrir su muerte: "Sus Danzas, tan amadas, tenían esa dulce y nerviosa complicación de dos tendencias, de dos impresiones y de dos pasiones que se enlazan, que se estrechan, que se confunden y luego se separan: el alma cubana con sus quejas rumorosas, con su poesía propia, con su vibración íntima, en medio de una tempestad de risueñas armonías, con la valentía de la más refinada cultura musical. El arte excelso aplicado con inefable encanto al arte popular y espontáneo."

Jamás hemos leído un juicio más certero. Este fragmento del ilustre publicista cubano reafirma cuanto veníamos diciendo. Los ritmos populares son el producto, por lo general, de los artistas espontáneos. De ahí la simplicidad congénita del canto popular. Pero cuando un músico hecho, señor del contrapunto y la armonía, estiliza uno de esos ritmos y lo enriquece poniendo en él, además de sus conocimientos, los destellos de un alto espíritu y las exquisiteces de un elegido, entonces es cuando

se da el caso de Ignacio Cervantes al escribir sus inmortales Danzas.

Arista de cuerpo entero, como agrega Márquez Sterling, su alma era un amor, su espíritu una intensidad luminosa. Orgullo de la sociedad cubana y símbolo de la dignidad nacional, dió a Cuba con su arte los más altos prestigios.

La Orquesta Sinfónica dirigida por el maestro Roig va a proporcionarnos el placer espiritual de escuchar dos danzas de Ignacio Cervantes. Titúlanse, respectivamente, ''Los tres golpes'' e ''Improvisada''.

EJEMPLO

Dos Danzas de Ignacio Cervantes.

En Enero del año 1,899 organizó nuestro genial compositor, un festival en el gran Teatro de Tacón, al que prestó su decidido apoyo la sociedad habanera, integrando un numeroso coro femenino. En esa fiesta Cervantes dió a conocer una de sus últimas producciones, el ''Himno a Cuba'', cuya letra le había remitido desde Nueva York la inolvidable poetisa Lola Rodríguez de Tió. Esa noche su poder pianístico alcanzó límites insospechados, y exaltado por atronadores aplausos, vióse obligado a interpretar en el piano distintas obras. Su famoso ''Popurrí de aires cubanos'', su ''Serenata Cubana'' y sus Danzas regalaron el oído de sus admiradores. Recordamos que la última vez que tuvimos la gloria de escucharlo, fué en una conferencia que pronunció en el ''Teatro Nacional'' un sabio sacerdote. Cervantes abrió el programa tocando admirablemente la ''Sonata en mi menor'', de Grieg.

El genio de Ignacio Cervantes floreció en pleno romanticismo. De ahí que Chopin fuera su ídolo. Según todos sus biógrafos, la música del inmortal enfermo de Mallorca encontró en nuestro egregio artista una fiel interpretación. Cuando en medio de los azares de la vida, éste buscaba en la música su verdadero refugio espiritual, los Nocturnos, las Baladas y los Valses, de Chopin, lloraban con él en un desbordamiento de melancolía.

Poco antes de abandonarnos para siempre, dió un viaje a los Estados Unidos, ya quebrantada su salud. Por una de esas grandes injusticias de la vida, su retorno a la patria fué inmediato, sin que sus males lograran alivio. Y aquella mirada de fuego, aquel hombre erguido, que llevaba siempre a flor de labio una sonrisa y en la mente la verdadera poesía de la música, un día, de luto para Cuba, al sentarse ante el piano, invocando a Chopin, nublóse su inteligencia, y víctima de implacable parálisis, inclinó la cabeza, cruzó los brazos sobre su amigo fiel que tanto había amado y dominado con el portento de su genio, y opacados sus ojos y mustio su cuerpo, dió su primer paso hacia el reino de la muerte, que lo acogió en su seno el día 29 de abril de 1905.

Para demostrar el alto concepto artístico que tenían del maestro los más grandes representativos de la música en aquella época, voy a narrar dos anécdotas, relacionadas con el abate Liszt y con Rossini.

En cierta ocasión el famoso autor de las ''Rapsodias'' fué a visitar a la Princesa Czartorisky que vivía en París, en la misma casa de apartamentos donde se alojaba Ignacio Cervantes. Equivocado Liszt, hubo de llamar a la puerta del joven maestro que en aquellos momentos estudiaba afanosamente el piano. Cervantes acudió presuroso a ver quién era el importuno que le hacía interrumpir su trabajo, y cuál no sería su asombro al enfrentarse con el famoso abate, quien con curiosidad le dijo:

—¿Erais vos el que tocaba?

—Sí, maestro.

Y añadió Liszt:

—Pues continuad, y permitidme que pase a oíros.

Desde aquel momento nuestro gran artista se ganó la buena amistad del autor del ''Mefisto''.

En una de las reuniones de Rossini, en las que, como ya hemos dicho, Cervantes actuaba como pianista acompañante, le dijo aquél:

—Cuando terminemos, y después de que se retiren mis invitados, voy a enseñarte algo que nadie ha visto.

Terminó la fiesta, y el joven pianista, que se imaginó conocer en aquella oportunidad alguna nueva partitura del maestro, se acercó a éste quien le manifestó que había cambiado de parecer. La contrariedad de Cervantes se reflejó en su rostro, y compadecido Rossini lo llevó frente a un armario que había en un aposento contiguo al salón de conciertos.

—Prométeme que no contarás a nadie lo que vas a ver.

Seguro estaba Cervantes de que iba a admirar alguna obra del compositor, mas lo que sus ojos vieron fué una colección de más de una docena de bellísimas pelucas.

—Estas son—dijo Rossini—las que he usado en mi vida. Nadie más que tú las conoce.

Esta anécdota demuestra la confianza con que el gran músico italiano trató a nuestro ilustre compatriota.

La vida artística de Ignacio Cervantes debe servir de ejemplo a la juventud presente. En ella encontrará el más alto concepto de una labor fecunda y los frutos de una sabiduría ganada palmo a palmo, en tierra extranjera, sin favores y sin influencias. El estudio, la perseverancia, la más firme voluntad para el trabajo y la hombría de bien, puestos al servicio de un íntimo empeño para escalar los más altos peldaños del Arte, son el único sendero que, como el llorado maestro, debe recorrer esa juventud, iniciada en los difíciles secretos del arte musical.

Veneremos la memoria de nuestro excelso artista, que dió a Cuba, con su genio, timbres de gloria, y lloremos a aquel inmenso pianista que, como dijo Márquez Sterling, "de un bloque de madera muerta hacía la talla de un Hércules y la sugestión de un Dios, y que, "cuando sus dedos se detenían, las ondas sonoras atravesaban el espacio con dulzura y parecía que llevaban un mensaje a las alturas en donde las musas espiaban su genio".

He terminado.

